

Seis de abril de 1928

Es lo que yo digo, que la que ha sido una zorra siempre será una zorra. Lo que yo digo, suerte tienes si lo único que te preocupa es que no haga novillos. Lo que yo digo, que ésa debería estar ahí abajo en la cocina, en lugar de en su habitación, echándose pintura en la cara y esperando a que seis negros que ni siquiera pueden levantarse de una silla sin que un plato lleno de pan con carne los sostenga en pie le preparen el desayuno. Y Madre dice,

«Pero que las autoridades de la escuela lleguen a pensar que yo no puedo controlarla, que no puedo...»

«Bueno», digo yo, «y no puedes, ¿no? Si nunca has intentado conseguir nada de ella», digo, «¿cómo quieres comenzar a estas alturas, cuando tiene diecisiete años?».

Permaneció un momento pensativa.

«Pero hacerles pensar que... Yo ni siquiera sabía que le habían dado una nota de aviso. El otoño pasado me dijo que ya no las usaban. Y que ahora me llame por teléfono el profesor Junkin y me diga que ha vuelto a faltar otra vez, que va a tener que irse de la escuela. ¿Cómo lo hace? ¿Dónde va? Tú te pasas el día en el pueblo, tendrías que verla si está siempre por la calle.»

«Sí», digo. «Si es que está siempre por la calle. Supongo que no se escapa de la escuela para hacer lo que se puede hacer en público», digo.

«¿Qué quieres decir?», dice.

«No quiero decir nada», digo. «Sólo he contestado a tu pregunta.» Entonces volvió a echarse a llorar, dicen-

do que su propia carne y su propia sangre se levantaban de la tumba para maldecirla.

«Tú me has preguntado», digo.

«No me refiero a ti», dice. «Eres el único que no me reprochas nada.»

«Claro», digo, «nunca me ha dado tiempo. Nunca he tenido tiempo de ir a Harvard como Quentin o de beber hasta matarme como Padre. Yo tenía que trabajar. Pero, naturalmente, si quieres que me dedique a seguirla y a ver qué hace, puedo dejar la tienda y buscarme un empleo para trabajar por las noches. Entonces podré vigilarla durante el día y tú puedes utilizar a Ben para el turno de noche.»

«Ya sé que sólo te causo problemas y que soy un estorbo», dice llorando, recostada en el cojín.

«Ya debería saberlo», digo. «Llevas treinta años diciéndome lo mismo. Hasta Ben debería saberlo ya. ¿Quieres que la diga algo al respecto?»

«¿Crees que serviría de algo?», dice.

«No si apareces tú para interferir en lo que yo me ponga a hacer», digo. «Si quieres que yo la controle, dilo y mantente al margen. Siempre que lo intento, metes las narices y ella se ríe de nosotros.»

«Recuerda que es de tu misma sangre y de tu misma carne», dice.

«Claro», digo, «precisamente en eso estaba pensando, en la carne. Y también en un poco de sangre, si me saliera con la mía. Cuando la gente se comporta como los negros, sean quienes sean, lo único que se puede hacer es tratarla como a los negros.»

«Me temo que te va a hacer perder la paciencia», dice.

«Bueno», digo. «Tú no has tenido mucha suerte con tus métodos. ¿Quieres que haga algo o no? Dilo de una vez; tengo que irme a trabajar.»

«Ya sé que estás esclavizado por nuestra culpa», dice. «Ya sabes que si por mí fuera, tendrías tu propio despacho y el horario adecuado para un Bascomb. Porque, a pesar de tu apellido, eres un Bascomb. Sé que si tu padre hubiera previsto...»

«Bueno», digo. «Supongo que tenía derecho a equivocarse de vez en cuando, como todo el mundo, hasta como un Smith o un Jones.» Se puso a llorar otra vez.

«Oírte hablar de tu padre con tanto despecho», dice.

«Bueno», digo. «Bueno. Como quieras. Pero como no tengo despacho, tendré que conformarme con lo que hay. ¿Quieres que la diga algo?»

«Me temo que te va a hacer perder la paciencia», dice.

«De acuerdo», digo, «entonces no la digo nada».

«Pero habrá que hacer algo», dice. «Dejar que la gente piense que permito que no vaya a la escuela y que ande de aquí para allá por las calles, o que no puedo impedir que lo haga... Jason, Jason.» dice. «¿Cómo has podido, cómo has podido dejarme esta cruz?»

«Vamos, vamos», digo. «Te vas a poner enferma. ¿Por qué no la encierras todo el día o la dejas de mi cuenta y acabas de preocuparte de ella?»

«Mi propia carne y mi propia sangre», dice llorando. Por eso digo,

«De acuerdo. Yo me ocupo de ella. Ahora deja de llorar.»

«No pierdas la paciencia», dice. «Recuerda que sólo es una niña.»

«No», digo, «no la perderé». Salí cerrando la puerta.

«Jason», dice. No contesté. Me dirigí hacia el rellano. «Jason», dice desde el otro lado de la puerta. Bajé las escaleras. No había nadie en el comedor, entonces la oí en

la cocina. Intentaba que Dilsey la dejara tomarse otra taza de café. Entré.

«Supongo que ése es tu uniforme de la escuela, ¿verdad?», digo. «¿O es que hoy es fiesta?»

«Sólo media taza, Dilsey», dice, «por favor».

«Ni hablar», dice Dilsey, «ni lo pienses. No pienso darte otra taza, una chica de diecisiete años, y menos con lo que dice la señorita Caroline. Vete a vestirte para ir a la escuela y podrás ir al pueblo con Jason. No querrás volver a llegar tarde».

«No», digo. «Ahora mismo me ocupo de que no sea así.» Ella me miró sin soltar la taza. Con la mano se apartó el pelo de la cara, el quimono dejó el hombro al descubierto. «Suelta la taza y ven aquí», digo.

«¿Para qué?», dice.

«Ven», digo. «Deja la taza en el fregadero y ven aquí.»

«¿Qué quiere usted ahora, Jason?», dice Dilsey.

«Tú te crees que puedes pasar por encima de mí como haces con tu abuela y con todo el mundo», digo, «pero ya te darás cuenta de que yo soy otra cosa. Te doy diez segundos para que sueltes la taza y hagas lo que te he dicho».

Ella dejó de mirarme. Miró a Dilsey. «¿Qué hora es, Dilsey?», dice. «Avísame cuando pasen diez segundos. Sólo media taza, Dilsey, por...»

La cogí del brazo. Se le cayó la taza. Se quebró al caer al suelo y ella saltó hacia atrás, mirándome, pero yo la tenía cogida del brazo. Dilsey se levantó de su silla.

«Eh, Jason», dice.

«Suéltame», dice Quentin, «o te doy una bofetada».

«¿Ah, sí?», digo. «Sí, ¿eh?» Intentó abofetearme. La cogí también la otra mano y la sujeté como a un gato montés. «Sí, ¿eh?», digo. «Conque ésas tenemos.»

«Eh, Jason», dice Dilsey. La metí a rastras en el comedor. Se le desabrochó el quimono que flotaba a su alrededor, dejándola casi desnuda, la muy... Dilsey nos siguió renqueando. Me volví y le cerré la puerta en las narices de una patada.

«Fuera de aquí», digo.

Quentin estaba apoyada en la mesa ciñéndose el quimono. La miré.

«Ahora», digo, «quiero saber qué pretendes, escapándote de la escuela y contándole mentiras a tu abuela y falsificando su firma en las notas y matándola a disgustos. ¿Qué pretendes con todo eso?».

Ella no dijo nada. Estaba cerrándose el quimono alrededor del cuello ajustándose, mirándome. Todavía no había tenido tiempo de pintarse y tenía aspecto de haberse frotado la cara con una bayeta. Me acerqué y la cogí de la muñeca. «¿Qué pretendes?», digo.

«No es asunto tuyo», dice. «Suéltame.»

Dilsey apareció en la puerta. «Eh, Jason», dice.

«Sal ahora mismo de aquí como te he dicho», digo, sin volverme. «Quiero saber adónde vas cuando haces novillos», digo. «¿O es que ni pisas la calle? Porque yo te vería. ¿Con quién te escapas? ¿Es que te vas al bosque con alguno de esos asquerosos niños? ¿Es eso?»

«¡Eres un... eres un...!» dice. Intentó soltarse pero la sujeté. «Eres un pedazo de...», dice.

«Yo te enseñaré», digo. «Quizás puedas asustar a una vieja, pero ya te enseñaré yo quién manda aquí ahora.» La sujeté con una mano, entonces dejó de forcejear y me observó con los ojos negros abiertos de par en par.

«¿Qué vas a hacer?», dice.

«Espera a que me quite el cinto y lo verás», digo quitándome el cinturón. Entonces Dilsey me cogió del brazo.

«¡Jason!», dice. «Jason, ¿es que no le da vergüenza?»

«Dilsey», dice Quentin, «Dilsey».

«No se lo permitiré», dice Dilsey, «no te preocupes, preciosa». Me tenía cogido del brazo. Entonces saqué el cinturón y me solté y la eché a un lado. Chocó contra la mesa. Era tan vieja que apenas podía moverse. Pero no importa: necesitamos que alguien en la cocina se coma lo que los jóvenes desprecian. Se interpuso torpemente entre nosotros, intentando volver a sujetarme. «Pues pégueme a mí», dice, «si lo único que quiere es pegar a alguien, pégueme a mí», dice.

«¿Crees que no sería capaz de hacerlo?», digo.

«No hay nadie peor que usted», dice. Entonces oí a Madre en la escalera. Debería haberme imaginado que no estaba dispuesta a mantenerse al margen. La solté. Retrocedió hacia la pared, sujetándose el quimono.

«Está bien», digo, «por ahora vamos a dejarlo. Pero no creas que vas a poder pasar por encima de mí. Ni soy una anciana ni una vieja negra medio muerta. Maldita zorra», digo.

«Dilsey», dice. «Dilsey, quiero ir con mi madre.»

Dilsey se acercó a ella. «Vamos, vamos», dice, «no te pondrá la mano encima mientras yo esté aquí». Madre descendió por la escalera.

«Jason», dice. «Dilsey.»

«Vamos, vamos», dice Dilsey. «No le dejaré que te toque.» Colocó una mano sobre Quentin. Ella la apartó.

«Negra de mierda», dice. Corrió hacia la puerta.

«Dilsey», dijo Madre desde la escalera. Quentin subió corriendo los escalones pasando a su lado. «Quentin», dice Madre, «oye, Quentin», Quentin no se detuvo. La oí llegar arriba, luego en el rellano. Después se oyó un portazo.

Madre se había detenido. Después continuó, «Dilsey», dice.

«Dígame», dice Dilsey, «ya voy. Váyase al coche y espere», dice, «para llevarla a la escuela».

«No te preocupes», digo. «Que la dejaré en la escuela y me cercioraré de que se queda allí. Cuando empiezo una cosa, la acabo.»

«Jason», dice Madre desde la escalera.

«Vamos, váyase», dice Dilsey, acercándose a la puerta. «¿Es que también quiere que ahora empiece ella? Ya voy, señorita Caroline.»

Salí. Las oía en la escalera. «Vuélvase a la cama», decía Dilsey, «¿no se da cuenta de que todavía no está buena para levantarse? A la cama. Ya me ocupo yo de que llegue a tiempo a la escuela».

Fui hacia la parte trasera para salir marcha atrás, luego hube de dar una vuelta completa a la casa hasta que los encontré en la entrada.

«Creí haberte dicho que metieras esa rueda en el maletero», digo.

«No me ha dado tiempo», dice Luster. «No hay quien cuide de él hasta que mi abuela termina con la cocina.»

«Claro», digo, «yo tengo que echar de comer a un regimiento de negros para que no lo pierdan de vista, pero cuando quiero que me cambien una rueda del coche, lo tengo que hacer yo».

«No tenía con quién dejarlo», dice. Entonces él comenzó a quejarse y a jimplar.

«Llévate a la parte de atrás», digo. «¿Cómo se te ocurre tenerlo aquí para que lo vea todo el mundo?» Los obligué a irse antes de que se pusiera a berrear en serio. Ya es suficiente los domingos, con todo el prado tan lleno de gente que ni se ve y con seis negros que alimentar dando palos a una bola de alcanfor. Y él que se pasa el día corriendo junto a la cerca, arriba y abajo, y berreando cada vez

que los ve, tanto que creo que van a terminar cobrándome la entrada al golf, y entonces Madre y Dilsey van a tener que comprarse un par de picaportes de porcelana y un bastón y arreglárselas como puedan a menos que por las noches yo me ponga a jugar a la luz de un farol. A lo mejor, nos mandan entonces a todos a Jackson. Bien sabe Dios que seguramente instituirían la Semana de la Familia si eso llegase a suceder.

Volví al garaje. Allí estaba la rueda, apoyada en la pared, pero maldita si se creían que la iba a cambiar yo. Metí la marcha atrás y giré. Ella estaba junto al sendero. Yo le digo,

«Ya sé que no tienes libros: sólo quiero preguntarte qué has hecho con ellos, si es que es asunto mío. Naturalmente, no tengo ningún derecho a preguntarte», digo, «ya que simplemente me limité a pagar por ellos 11 dólares con 65 centavos en septiembre».

«Mis libros los paga mi madre», dice. «Tú no te gastas ni un céntimo en mí. Antes me moriría de hambre.»

«¿Ah, sí?», digo. «Cuéntaselo a tu abuela, a ver qué dice. No parece que estés desnuda del todo», digo, «aunque eso que llevas en la cara te tapa más que ninguna otra cosa que lleves puesta».

«¿Crees que con tu dinero o con el de ella has pagado un solo céntimo de todo esto?», dice.

«Pregúntaselo a tu abuela», digo. «Pregúntale qué ha pasado con los cheques. Creo recordar que la has visto quemar uno.» Ni siquiera me escuchaba, la cara llena de pintura y la mirada fría como un perrillo.

«¿Quieres saber lo que haría si creyera que con tu dinero o con el de ella habéis pagado un solo centímetro de todo esto?», dice poniéndose la mano sobre el vestido.

«¿Qué harías?», digo. «¿Ponerte un saco?»

«Me lo arrancaría y lo tiraría a la calle», dice. «¿No te lo crees?»

«Claro que sí», digo. «Si no haces otra cosa.»

«Mira si no», dice. Con ambas manos cogió el cuello del vestido e hizo intención de rasgarlo.

«Como rompas el vestido», le digo, «te meto una paliza aquí mismo que no se te olvidará mientras vivas.»

«Mira si no», dice. Entonces me di cuenta de que realmente estaba intentando rasgarlo, arrancárselo. Para cuando logré detener el coche y la cogí de las manos ya había como doce personas mirando. Me puse tan furioso que durante casi un minuto no supe lo que hacía.

«Como vuelvas a hacer algo parecido, te aseguro que sentirás haber nacido», digo.

«Bien que lo siento», dice. Dejó de intentarlo y sus ojos mostraron una expresión extraña y digo como te pongas a llorar en este coche, en la calle, te atizo. Te mato. Por suerte para ella, no fue así. Así que la solté los brazos y puse el coche en marcha. Afortunadamente estábamos junto a un callejón por donde podía torcer hacia una calle lateral y así evitar la plaza. Ya estaban levantando la carpa en el solar de Beard. Earl ya me había dado los dos pases para nuestros palcos. Estaba allí sentada con la cara vuelta, mordiéndose los labios. «Bien que lo siento», dice. «No entiendo por qué tuve que nacer.»

«Y yo conozco por lo menos una persona más que tampoco entiende nada de lo que sabe del asunto», digo. Me detuve frente al edificio de la escuela. Había sonado el timbre y los últimos estaban acabando de entrar. «Por una vez llegas a tiempo», digo. «¿Vas a pasar y a quedarte o tengo que entrar yo para obligarte?» Salió y cerró de un portazo. «Recuerda lo que te he dicho», digo, «porque va en serio. Que no me entere de que andas paseando por ahí a escondidas con un chulo de ésos».

Al oír esto se volvió. «Yo no me escondo», dice. «Como si alguien pudiera saber todo lo que hago.»

«Bien que lo saben», digo. «Aquí todos saben lo que eres. Pero yo no voy a aguantarlo más, ¿te enteras? A mí no me importa lo que hagas», digo, «pero yo tengo un nombre en el pueblo, y no voy a tolerar que un miembro de mi familia se comporte como una puta negra. ¿Me oyes?»

«Me da igual», dice, «soy mala y me voy a ir al infierno y me da igual. Prefiero estar en el infierno que donde estés tú».

«Si vuelvo a enterarme de que no has ido a la escuela, vas a desear estar en el infierno», digo. Ella se dio la vuelta y echó a correr a través del patio. «Ni una vez más, no lo olvides», digo. No volvió la cabeza.